

el escritor y el artesano

RUBEN ASTUDILLO Y ASTUDILLO

CESTERIA

10

A veces, son como pequeños cuencos de plata vegetal.

Como cabañas de insinuante rostro lunar, también.

Como una esgrima, siempre como una esgrima de suave savia detenida.

Su belleza, diría Octavio Paz, es inseparable de su función. Y, agregaría: son hermosas porque son útiles.

Pero no es eso, únicamente.

Su vocación de fraternidad con las otras cosas, les confiere una nueva dimensión. Esto es cierto.

Hace por ejemplo, que una simple cesta relampaguee como un acuario de color, con las flores depositadas en ella.

Que vibre como una campana de perfume, con el aroma de las frutas confiadas a su entorno o de las humildes hierbas familiares.

Que haga como de pequeña nave ceremonial cuando conduce las semillas para que alguien las lance hacia la tierra para su tercer día.

Todo esto es cierto. Y mucho más. Los símiles no se agotan con la enumeración que antecede.

Como la vida.

Como todas las cosas amables de la vida, las comparaciones relacionadas con las cestas resultan inagotables, Plurales en toda la extensión de la palabra. O las palabras.

Puesta como pantalla de una lámpara, puedo decir, una humilde cesta brilla como un panal de agua dorada.

Como una red de formas sinfónicas.

O, como una nebulosa de peces al trasluz.

Las comparaciones pueden seguir de largo. Como decía: son interminables.

Mientras cuidan el sueño de un niño campesino, por ejemplo, las cestas semejan una caracola de mimbre solar.

O cantan, con palabras minerales, mientras se van llenando de pequeños utensilios a la hora de las ocupaciones diurnas o en su víspera.

Las cestas, nuestras canastas familiares, medio abuelas, medio tías, medio madre, medio hermanas menores, medio novias y medio recuerdos, vienen también su propia e intransferible belleza. No aquella que les da el uso y la memoria de esos usos, únicamente. No.

Tienen también su vida secreta. Aquella que les viene del origen: cimbreante elegancia vegetal de los mimbres. Aire de nave nueva del movimiento de las hojas primordiales. Y esta otra, de la serena y a veces acuciante labor de su confección. De los ojos y las manos que delinearon las formas de su forma. Por así decirlo, de la ración de sueño puesto en ese delineamiento.

Vida y belleza que por la profundidad de donde emergen, les hacen tan hermosas como un estanque de alas detenidas.

Como una flor dulcemente dormida.

*Como un saludo. Como una espera. Como un pequeño mue-
lle. Como un pequeño puerto de silencios. Como un tallo.*

Y un talle.

*Belleza que emergiendo desde la dura y brillante suavidad ex-
terior del mimbre, recuerda la dorada dureza de los cuerpos femeninos bajo la
luz del sol.*

*Mimbre con voz de vino de capulíes, de rosados duraznos, de
pan de piel morena... el mimbre de las canastas de San Joaquín. Con voz de
aroma blanco y fillos de retamas rosadas.*

*Belleza que canta y que conduce. Pequeñas bellezas ceremo-
niales en honor de las cosas, de las pequeñas y amables cosas de la vida. ○*